

su perfecta dilección, así debe ser el matrimonio del cristiano con la mujer con quien se desposa; á fin de que de uno y otro pueda decirse con el Apostol: *¡He ahí un gran misterio!*

Y en verdad, es un gran misterio. En las sombras de este misterio, las almas cristianas deberían someterse á las leyes positivas de Dios, aunque no viesen en el mundo de la naturaleza ninguna ley que preceptuase esta autoridad: pero no sucede así: la naturaleza da á la ley de la indisoluble unidad, su plena aquiescencia, porque es una ley de progreso y de perfección.

§ II.

LA INDISOLUBLE UNIDAD DEL LAZO CONYUGAL, ES UNA LEY DE PROGRESO Y PERFECCIÓN.

Ante todo, debemos entender bien la palabra *naturaleza*, porque la inmensa mayoría de aquellos á quienes subleva la indisoluble unidad del lazo conyugal, no la comprenden como nosotros. Para ellos, la naturaleza no traspasa la tenebrosa y agitada región de los apetitos, y en definitiva, se preocupan más de la bestia humana que de todo lo demás, cuando se trata del matrimonio: todo lo que impide satisfacerla, todo lo que la condena á obedecer á una potencia noble, es mal visto por esta filosofía materialista. Contrariar la bestia, es contrariar á la naturaleza.

No lo entendemos así. Para nosotros, la naturaleza, es todo el hombre; el hombre carnal con sus apetitos y su fuerza generatriz: el hombre espiritual, con su razón, su corazón, su libre actividad, su inteligencia del deber y sus aptitudes para la virtud. Este hombre, Dios lo había creado perfecto y señor del mundo: conveniale, que para obedecer el mandato divino que quería su reproducción, se distinguiese en el acto generador, de todos los demás seres, por la más perfecta de las uniones. Ahora bien, ¿cuál es esta unión? Busquémosla en la creación.

En el último grado de la escala de los seres vivientes, la unión que predomina, es la unión de todos con todos, la promiscuidad: allí no hay sino encuentros ciegos y casuales, y por

consiguiente, no hay lazo, no hay familia: un poco más alto en esta escala, hay la unión de uno con varios, la poligamia simultánea, estado imperfecto, en que toda la ventaja es de un sexo al cual el otro se sacrifica, más por la satisfacción de una pasión grosera, que por la expansión un sentimiento noble y tierno: un poco más alto aún, está la unión de uno con una sola, pero pasajera, á efectos de un instinto que excitan las pasiones, instinto caprichoso, que nada fija, que olvidando pronto las complacencias satisfechas y los cuidados dispensados á una familia luego emancipada, convida á nuevas bodas: otro género de poligamia, en el cual las uniones se suceden cerca de aquellos que han estado unidos. En fin, mas arriba de los confines de la pura animalidad, en el remate de todas las uniones, está la unión de uno solo con una sola, y para siempre, la monogamia, el verdadero matrimonio: estado perfecto, en el cual se encuentran reunidas todas las condiciones de intimidad y de estabilidad, que abraza la palabra unión, en el sentido más elevado y más absoluto.

Para todo el que tenga idea de lo que es orden, progreso y perfección, es evidente que Dios respondía á un voto de la naturaleza y á la voz de las prerogativas reales del hombre, cuando imponía á la primera pareja de nuestra raza, la ley de la indisoluble unidad del lazo conyugal, y colocaba la más perfecta generación de seres vivientes, bajo la dependencia de una unión perfecta: es evidente que el hombre ha caído de la altura desde la cual dominaba á la naturaleza, desde que se ha prestado á imitar en el matrimonio la unión de seres inferiores: es evidente que Cristo condujo la humanidad á un camino de progreso y perfección, cuando restauró la primitiva institución del matrimonio, y promulgó explícita y definitivamente la ley de su indisoluble unidad.

Pero, no debemos contentarnos con la rápida ascensión que acabamos de hacer en la escala de la vida. Entremos en la misma vida humana y apliquemos á ella la ley: veremos que es justo titularla ley de progreso y de perfección. En efecto, es la ley que contiene el verdadero amor, es una escuela de virtudes, es el fundamento de las familias y la honra de las sociedades humanas. No puede decorosamente explicarse la completa donación que se hacen dos seres humanos, el uno al otro, sin buscar la causa, en este profundo y poderoso sentimiento que hace palpar el corazón, y que llamamos amor.

No nos ruboricemos en pensar y hablar de él, porque si los hombres lo han degradado, Dios lo ha purificado. Era noble y grande en el joven corazón de nuestro primer padre, cuando teniendo á Eva á su lado la llamaba, carne de mi carne, y hueso de mis huesos: y puede ser también grande y noble en el corazón de aquellos que se desposan, bajo la mirada de Dios, como nuestros primeros padres. No lo busquemos en esta febril pasión, cuyos arranques despierta la belleza carnal, pasión fuerte como una tempestad, pero pasajera como ella, demasiado intensa para no fatigar el alma. El verdadero amor, sabe desprenderse de los sentidos, y apasionarse de las bellezas inmateriales, en las cuales ningún estrago hacen el tiempo ni las fuerzas de la naturaleza: no se deja sorprender, sino que escoge el objeto, y una vez lo ha escogido, se dice á sí mismo:—*«He ahí mi descanso para siempre»*.—Esta es la unión que desea, que busca, que quiere este amor: la unión íntima, profunda, total, tan enérgicamente expresada por estas palabras de los libros santos: *«Dos en una sola carne»*. Tanto cuanto sus derechos son extensos, tanto más comprende la extensión de sus deberes, y si espera que se le entregue la consorte con toda sinceridad y sin reserva, él se entrega á su vez con igual plenitud; sentiríase debilitado si se partiera ó reservase algo, acusaríase de mentira ó de engaño si se le ocurriese recobrar su libertad, después de haberse entregado, y sólo se expresa bien cuando puede decirse:—Yo soy todo tuyo, como tu eres mía: soy tuyo por completo y para siempre. Nuestras dos vidas no son más que una sola hasta la muerte:—*«La gracia es frágil, la belleza se marchita»* (31). ¡Pero si la gracia y la belleza han sido atractivos para mí, hay otros bienes que busco, que persigo, que estimo y que amo: sobre las ruínas de los encantos que seducen y hablan á los sentidos, estos otros bienes me parecen más bellos, más apetecibles, más dignos de afecto: dejemos pasar todo lo que es perecedero, y amémonos siempre, siempre!

¿No es así, como todos los corazones nobles comprenden y sienten el verdadero amor? Inútil es buscar mucho tiempo la ley que le conviene en la unión conyugal: él espontáneamente le precede; es la ley de la unión indisoluble.

Hemos dicho en segundo lugar, que la indisoluble unidad en el lazo conyugal, es una escuela de virtudes. Por fuerte, por puro

que sea el verdadero amor, necesita ser protegido por la ley del deber, y fortalecerse con la práctica de las virtudes, que son el mejor alimento de la dignidad humana.

Una hay que se la impone la misma perspectiva de la unión indisoluble: es la prudencia. Nadie se compromete, sin pesar las cadenas con que va á cargar, nadie se entrega por completo y para siempre, sin sondear el abismo en que va á lanzarse. La ciega pasión de los sentidos es capaz de esta locura, pero el amor verdadero no se compromete, sino con conocimiento completo de lo que hace. Advertido por la ley que debe gobernarle, espera, se informa, indaga, así sobre las ventajas y las condiciones exteriores, como sobre las sólidas y gratas cualidades que pueden asegurarle la paz y el bienestar: pide al presente los augurios favorables del porvenir. Puede engañarse, pero aun entonces otras virtudes podrán reparar el error: mas lo cierto es que frecuentemente debe á la austera ley que le ha hecho ser prudente, la tranquilidad y la paz del hogar, en el cual su vida se ha fundido en otra vida.

Escuela de prudencia, la indisoluble unidad del matrimonio, es también escuela de justicia. Por todas partes donde el lazo conyugal se divide ó se rompe, esta virtud sufre más ó menos, y la mujer es sobre todo la que sale peor librada. La concurrencia de otros amores disminuye su parte, y bajo el poder de un marido que sólo de tarde en tarde se acuerda de sus deberes, queda humillada, hasta el grado de ser convertida en la humilde sierva de una caprichosa pasión. La mujer aporta al matrimonio, con los encantos de su sexo, el tesoro inestimable de su pudor: ¿quién se los devolverá, si el hombre tiene la facultad de repudiarla, cuando esté cansado de una belleza marchita? Él guardará para sí todas las ventajas, y ella perderá sus mejores bienes. Dios se hubiera engañado á sí mismo, cuando el día en que completó la obra de la creación decía:—*Hagamos para el hombre una ayuda que se le asemeje*, y sería preciso creer, que en la primera de las uniones, tan misteriosamente preparada y tan solemnemente bendecida, para servir de tipo á todos los matrimonios futuros, la mujer aportaba una inferioridad de derechos, con una inferioridad de naturaleza: no. En el designio de Dios, la mujer era el complemento normal del hombre, y el lazo que les unía debía ser atado por la justicia. La indisoluble unidad hace entrar en el

matrimonio esta santa justicia, suprimiendo toda concurrencia de amor, y asegurando la igualdad de las donaciones, así como su perpetuidad durante la vida de ambos: el esposo, debiendo ser únicamente, todo entero y para siempre de su mujer, y ésta, toda entera y para siempre de su marido.

Pero hoy, la perpetua vida común no puede ser, lo que hubiera sido, si la humanidad hubiese conservado los privilegios de su inocencia: entre dos naturalezas decaídas y fatalmente imperfectas, es imposible que no haya revelaciones inesperadas y choques funestos, en los cuales las almas quedan heridas. Si las voluntades fuesen libres para retractarse, tal vez no tomarían consejo sino de la debilidad humana y del mal humor, para romper una unión, que ha venido á ser laboriosa y pesada carga. Pero la ley de la indisolubilidad les contiene, y les obliga á observar una virtud, en la cual se demuestra el poder del hombre: es la fortaleza. La fortaleza, que lucha valerosamente contra los defectos y los vicios que pueden surgir en la intimidad conyugal, y se dedica á atenuarlos, ya que no pueda extirparlos; la fortaleza que hace soportar con paciencia los dolorosos choques que no pueden evitarse, y la que resiste los arranques que ponen á prueba la solidez de un lazo indestructible: la fortaleza, que sabe humillar al orgullo y pedir perdón: la fortaleza empapada de la unción de la caridad, fecunda en atenciones, en generosidades y en amorosos cambios de sacrificios.

¿Es esto todo?—Nó. La antigua filosofía convidaba al hombre, al progreso moral y á la perfección, con esta noble máxima: —*Sufre y private*. La ley de la unidad y de la indisolubilidad, aplica esta máxima á la vida conyugal, con autoridad soberana. La fortaleza que soporta, debe ser completada por la templanza, que exige privaciones. Por más que el matrimonio tenga por fin el calmar la efervescencia de la pasión, hay circunstancias en las cuales, ésta no debe imperar. Los que no saben resistir los instintos del bruto, piden otras uniones: pero el hombre regenerado por Cristo y sometido á su ley, comprende que los sentidos nada pueden contra el deber, y que es bueno, que es necesario aun que el alma, de cuando en cuando, afirme su dignidad y su dominio contra estas exigencias indebidas. Disciplinados los sentidos por la templanza, dejan libre el campo á los placeres del corazón, los más nobles, los más puros de que el hombre puede gozar.

Se dice á menudo que es necesario hacer de la necesidad virtud; nunca este proverbio tiene mejor aplicación que en la indisoluble unidad del lazo conyugal. Si la ley divina hace violencia á nuestros instintos, en esto está acorde con la razón, que quiere el progreso y la perfección de nuestra vida moral.

Pero, Dios no ha forjado la cadena indestructible que une á los esposos tan solo para responder á los votos del amor verdadero, y para abrirles la escuela de las grandes virtudes: Dios ha tenido en cuenta los derechos de un sér débil y agradable, que durante mucho tiempo necesita la doble protección de la fortaleza y del cariño. ¡Admirable disposición de la Providencia! Cuanto más perfecta debe ser la unión de una vida con otra vida, tanto más lento es el desarrollo de su fruto. El sér que nace de encuentros fortuitos y ciegos de la promiscuidad, en seguida encuentra en la naturaleza los elementos necesarios para su desarrollo: para aprovecharlos y asimilarlos, tiene órganos que funcionan sin retardo: si un instinto más perfecto atrae á las parejas y las une, la vida necesita algún tiempo de la asistencia de los procreadores: es cuestión de una temporada, pues pronto el animal aprende todo lo que necesita, para asegurar su libertad y su independencia. Pero, allí donde el amor ilustrado por la razón es el que elige, y éste es el privilegio del sér humano, el infante necesita durante largos años, de la solicitud y cuidados de sus padres, para suplir su impotencia. ¡Qué lazos más poderosos y fuertes entre éstos y el infante! ¡Ah! cuán oportuno es repetir: son dos en una misma carne! Lo son por la sangre de sus venas, lo son por el amor de su corazón, por la carne que han sacado de su propia carne, que reproduce sus rasgos y que ha recibido el sello de su alma: por esta carne frágil, en la cual la vida va á extinguirse, sino se la sostiene con amorosa é infatigable solicitud; por esta carne, en la cual el alma dormida, espera que se la despierte y se la enseñe á pensar y á querer. «El matrimonio, ha dicho un ilustre obispo, crea entre los padres y el hijo lazos indisolubles: y ¡se quisiera que aquél fuese un lazo frágil! Entonces los efectos serían más grandes que la causa (32).»

Padre, madre, por más que queráis cerrar el oído á la voz de Dios, jamás podéis ahogar la voz de la naturaleza, que os dice: ¡Permaneced unidos! permaneced unidos uno solo á una sola: porque otro amor pudiera apartaros de vuestro deber y desper-

tar pasiones celosas y turbulentas que harían perecer la paz de vuestro hogar. ¡Permaneced unidos! ¡tú, padre, para proteger á la que se consagra día y noche al pequeñuelo á quien has dado el sér: tú, madre, para cumplir sin inquietud y sin temor, la noble tarea de estos cuidados. ¡Permaneced unidos! para hacer penetrar en el alma de vuestro hijo las luces de vuestra razón y las ternuras de vuestras almas. ¡Permaneced unidos! para echar en esta tierra virgen, la semilla de las virtudes, sin las cuales el hombre no tiene derecho á vivir. ¡Permaneced unidos! para cultivar juntos los sagrados gérmenes que habeis sembrado. «Para producir la vida, han sido necesarios dos seres: dos también se necesitan para conducirla hasta su completo desarrollo. Un padre solo, es una autoridad sobrado dura, una razón demasiado fría, una fortaleza bastante pesada: una madre sola, es el amor sin freno, la dulzura sin guía, la ternura sin correctivo. Ambos son necesarios para la educación. La naturaleza les ha unido y confundido, como dos elementos que se completan, y de donde salen en el alma del hijo, la luz y el calor (33)».

Padre y madre: permaneced, pues, unidos para multiplicar la vida en derredor vuestro, rodeándoos de una corona de seres vivientes que serán vuestra gloria, porque reproducirán vuestras virtudes. ¡Permaneced unidos! para que vuestros hijos os devuelvan con tierno respeto y piadosa asistencia, todo el bien que les habeis hecho. ¡Permaneced unidos! para que podais ver los retoños de aquellos que han salido de vuestra generosa savia. ¡Permaneced unidos! para servir de modelo á aquellos que se unirán después de vosotros, y para cimentar con vuestra inalterable fidelidad, la santa unidad de la familia.

¡Dichosas familias, aquellas en quienes la indisoluble unidad del lazo conyugal une el pasado con el porvenir y crea tradiciones pacíficas, á través de las cuales cada generación va á buscar á sus antepasados! Allí no se oyen ni los gemidos del amor engañado, ni las quejas del abandono: allí no se ven á los hijos, odiosamente mezclados, transmitirse la triste herencia de las cóleras del padre y los rencores de la madre. Allí no hay celos ni antagonismos que engendren la separación, ni la injusticia de caprichosos repudios. ¡Dichosas familias! Se las respeta, se busca su alianza, y aliándose, hacen brillar á su derredor la honradez, la paz y la prosperidad. ¡Dichosas familias! Honra perpétua de las

sociedades, formando los elementos de la unidad necesaria á todo pueblo que quiera vivir.

No digamos ya más en este capítulo. Las verdades que acaban de exponerse necesitan una contraprueba, que haremos en el siguiente capítulo. Está ya llenado nuestro objeto, ya que se trataba de demostrar que la naturaleza da su plena aquiescencia á la ley divina, de la indisoluble unidad del lazo conyugal. Esta ley acrecienta el amor, la vida moral, engrandece á la familia y á la sociedad: es, pues, una ley de progreso y de perfección.

Ciertos reformadores de la sociedad conyugal, dicen, que prescindan de esta perfección, y que tomando el mundo tal cual es, se contentan con regular sus vicios. ¡Miserable pretexto de la cobardía, protestando contra el sublime movimiento que Cristo imprime con su ley á la humana generación! ¿Quién tiene el derecho de contrariar á la naturaleza, cuando Dios quiere ayudarla en su perfeccionamiento? ¿Quién tiene el derecho de hacer retroceder á la humanidad, cuando Dios la empuja hácia adelante? ¡Reformadores despreciables! os engañais á vosotros mismos, porque en todos los tonos os jactais de ser hombres del progreso.

¿Vosotros hombres del progreso? vosotros despreciáis una ley que da al verdadero amor las satisfacciones que apetece, y coloca al hombre en la dichosa necesidad de perfeccionar su vida moral, consolida la familia, y asegura á las sociedades humanas los elementos de una vida gloriosa. ¿Vosotros hombres del progreso? y pretendéis que volvamos al tiempo en que el hombre decaído, imitaba en el matrimonio las uniones imperfectas de las especies inferiores. ¿Vosotros hombres del progreso? y queréis resistir el impulso divino, que tiende á enaltecer al hombre y colocarle en la cima desde la cual domina á la naturaleza. Callaos, antes de mentir. Los hombres del progreso, lo son los apóstoles y los fieles observantes de la indisoluble unidad del lazo conyugal. Cristo, haciendo pasar por delante de sus ojos á la humanidad que se rebajó hasta acercarse á la bestia, por no haber sido fiel á la primitiva institución del matrimonio, Cristo les dice: «¡Subid más alto!» Y obedeciendo á las nobles aspiraciones de la naturaleza, al mismo tiempo que á la voz de Dios, le contestan con aliento: «Subamos.»